

PARTE SEGUNDA.

I.

La casa de Margarita no era grande ni suntuosa. Ocupaba un piso tercero de un edificio de construccion antigua en la calle de Santiago, y una grande economía presidia á sus gastos: sus tristes relaciones con el baron no la habian hecho ni afortunada en la acepcion material de esta palabra, ni ménos moralmente hablando; una sola criada la servia, y en las horas eternas de soledad de que disponia cada dia, se ocupaba en algunas labores de aguja, que una comisionista de bordados y ropa blanca le proporcionaba; con esto y con lo que le remitia cada mes su marido, era con lo que vivia, pues el hombre que la habia comprometido á los ojos de todo Madrid, hacia por ella poco ó nada, excepto las invitaciones para los teatros que traia más bien con el objeto de tener contenta á Luisa, que por la pobre y resignada Margarita.

Serian como las diez de la noche, algunos dias despues de la mañana en que la jóven ha-

bia visto á la vizcondesa en su casa, y se hallaba aquella en un gabinete modestamente amueblado; la tapicería era de lana; la alfombra de fieltro; sobre la chimenea, sin fuego ya por lo avanzado de la estacion, se veía un reloj y unos candelabros de bronce oscuro; algunos grabados ingleses encerrados en medias cañas doradas, pendían de las paredes; cierto aire de aseo y de elegancia se advertía por todas partes; los libros, arreglados en dos estantes pendientes de la pared con cordones de seda; la disposición de las cortinas que solo permitían pasar una luz velada: un ramo de flores, un libro nuevo empezado á cortar y un bordado próximo á terminarse, decían bien claro que allí vivía una mujer jóven aún, inteligente y bien educada.

Y sin embargo al extender los ojos por aquel aposento, el alma sentía una indecible impresión de tristeza, un vacío inexplicable; era la ausencia de todo amor; el sentimiento despide reflejos tan poderosos, que todo lo alumbra y todo lo embellece; en el rostro mismo de Margarita se veía una pena helada y dura, que parecía magullar sus facciones con una mano invisible, pero acerada.

La pobre mujer aun era bella; no pasaba su edad de treinta y dos años, y su carita de mejilla redondas y sus grandes y dulces ojos, le hacían aparentar cuatro ménos; llevaba una

bata de lana fina, á cuadros blancos y negros, adornada con lazos de cinta de faya negra en toda la delantera y en las mangas; una gola de batista encañonada rodeaba su garganta, y hacía asemejarse su cabeza á una bella flor; vueltos iguales terminaban las mangas de la bata, sujeta al talle con un cinturón de la misma tela.

Los cabellos rubios de Margarita, ligeramente ondulados, se recogían en dos trenzas que sostenía un peine de azabache; unas conchitas de oro del mejor gusto, en cuyo fondo se veía una perla diminuta, le servían de pendientes; un cintillo de oro, adornado con una hebillita de perlas y diamantes, brillaba en el dedo anular de su mano izquierda; todo en ella era delicado y de buen gusto. Estaba sentada en una pequeña butaca, al lado de la chimenea, cuyo hueco sin lumbre estaba lleno con algunas macetas de plantas y flores olorosas; delante de Margarita había un velador que sostenía una lámpara, cuyo globo de cristal tenía pintado al rededor una rama de yedra con anchas hojas verdes; al lado de la lámpara y puestas en una copa de cristal llena de agua, algunas lilas tempranas, mezcladas con claveles blancos, esparcían en la atmósfera un débil y dulce aroma; un bordado, ya al terminar, se hallaba sobre la misma mesa.

Margarita, con la mejilla apoyada en la pal-

ma de su blanca y delgada mano, surcada de venas azules, estaba ociosa é inmóvil, y miraba con indignacion y amargura al baron, que dormitaba sentado en un sillón mucho más ancho que el que ocupaba Margarita, y que estaba situado á bastante distancia de ésta.

De repente el baron abrió los ojos como sobresaltado, se levantó y se puso á pasear. Margarita rompió el silencio que hacia rato reinaba.

—Ya es hora de que vaya Vd. á continuar el sueño á otra parte, le dijo con una cólera que en vano procuraba dominar.

El baron se sonrió compasivamente, y respondió:

—Vamos, no seas tonta: yo no lo puedo remediar.

—Puede Vd. remediar el venir á darme el espectáculo de su sueño.

—¿Y qué seria de tí si yo no viniese á verte, chiquitina mia? contestó el baron en tono de broma socarrona.

Margarita se levantó exasperada, con las mejillas rojas y los ojos echando chispas, señaló la puerta al baron, y le dijo con voz ronca y fatigosa:

—¡Salga Vd.!

—Vamos, vamos, deja ya esos arranques ridículos y ese *usted* de las grandes ocasiones, dijo el baron con una cólera fria y cruel, tanto

como era exaltada la de Margarita, y sabe de una vez para siempre que yo no me dejo *despedir*.

—¡Oh, ya lo sé! exclamó la pobre mujer, echándose á llorar; no se deja Vd. despedir de mí, porque yo soy una débil mujer que está sola en este mundo; si tuviera padre ó hermanos, no me impondria el tormento de su vista!

—Ponme delante uno de tantos *hombres* que desean hacer tu conquista, y verás si me dejo *echar* por él.

—¡Pero, Dios mio! ¿no me voy á ver jamás libre de Vd.?

—Nunca, á no ser que yo me canse de tí: quiero dejar y no ser dejado.

Margarita volvió á sentarse desalentada, y permaneció en silencio; débil y tierna como era su naturaleza, y mucho más apta para el amor que para la cólera, la lucha la quebrantaba, la desgarraba moralmente; como fatal antítesis, como castigo de su culpa, el destino la habia opuesto aquella naturaleza de roca, aquel corazón sin sávia, aquella alma helada y egoísta, y siempre salia de la lucha vencida y magullada.

—Yo no sé, dijo despues de algunos instantes de silencio, y al ver que el baron, sentándose otra vez en el sillón, se preparaba á dormir de nuevo, yo no sé qué empeño tiene Vd. en seguir viéndome; y no digo en continuar nuestras relaciones, porque el martirio que me

impone no merece ese nombre; yo no le quiero ni le estimo; acaso nunca le quise; esto es un suplicio para los dos... ¿á qué continuarlo?

—Ta, ta, ta! la cancion de cada dia! exclamó el baron; si fueras ciega, no ganarias nunca más que un cuarto!

—Pero ¿no digo la verdad?

—Hasta cierto punto. Tú no me quieres ya, pero es por que no me has querido nunca: creo, además firmemente, que eres incapaz de querer.

—Entonces, ¿por qué no me deja Vd. en paz?

—Porque yo te quiero á tí.

—¿Cómo se atreve Vd. á hablar de cariño? exclamó Margarita, exaltándose de nuevo; ¿qué sabe Vd. lo que es amor? Usted solo ha conocido el vicio y las necedades de los salones, dos extremos que nada tienen que ver con el amor verdadero y correspondido!

—En cambio, tú solo conoces el amor en las novelas.

—¡Dios mio! Cuando solo la ilusion de que le queria á Vd. me ha obligado á tales sacrificios, ¿cómo le hubiera amado, si Vd. fuese lo que yo creia?

—¿Pues qué soy yo?

—Un egoista; un hombre sin corazon!

—Repeticion de las mismas cosas; conseguirás que me vaya á otra parte.

—¡Cuanto antes será mejor!

—¡Pues á tu gusto, hija mia, dijo el baron

levantándose y poniéndose groseramente el sombrero; ¡que te diviertas!

Y salió dando un portazo.

—¡Gracias á Dios! murmuró Margarita, cuando otro portazo del lado de la escalera le avisó que habia dejado la casa el baron; ¡gracias á Dios! ¡Parece que descanso cuando le pierdo de vista! Cuán preferible es la soledad que tanto miedo me causa, á tan cruel y ofensiva compañía! Ahora leamos, y veremos si despues de leer siento algun consuelo en el alma, como en su carta me asegura la vizcondesa. ¡Oh Dios mio, padre de los tristes, haced que sea así!

Margarita se levantó y se dirigió presurosa hácia un bureau antiguo y bastante grande, que ocupaba uno de los ángulos del gabinete.

Lo abrió con una llavecita que llevaba en el pecho, y de uno de los varios cajones que el mueble contenia, tomó un cuadernito de papel fino atado con una cinta de raso azul.

Era de papel de cartas, y estaba completamente lleno de una letra clara, menuda y de un precioso y delicado carácter inglés.

En la primera hoja decia:

“A mi amiga Margarita.”

Esta la dejó sobre la mesa con el mismo cuidado que si hubiera sido un objeto de gran valor; llamó con el timbre que habia sobre la chimenea, y dijo á la criada que se presentó:

—Puede Vd. acostarse, y mañana no entre Vd. aquí hasta que yo la llame.

Cuando la criada se hubo retirado, Margarita cerró la puerta, se sentó de nuevo al lado del velador, y, tomando una postura recogida, se puso á leer ávidamente lo que sigue:

II.

«Este manuscrito es la historia de mi vida hasta hace poco tiempo; no lo tenia ordenado, pero en algunos cuadernos habia ido reuniendo apuntes que ahora me han servido de mucho para poder formar estas memorias, que ofrezco á Vd., mi querida Margarita, sin vanidad ninguna, pero como un seguro remedio de las penas que le afligen; porque, sin creerme una mujer irrepreensible, y sabiéndome por el contrario llena de defectos, sé tambien lo que pueden la fuerza de voluntad y la dignidad del carácter, unidas á una fe religiosa sólidamente cimentada, y ésto lo sé por la propia experiencia, ruda, pero incomparable maestra en la carrera de la vida.

«La desgracia presidió mi nacimiento; mi padre fué desterrado por motivos políticos, y yo nací á bordo de un buque que llevaba deportados á las islas Filipinas: en el número de

aquellos estaba mi padre; pasé en aquel pais el primer año de mi existencia, y cuando volvimos á la Península, mi madre venia sin salud de tan peligroso clima; habia contraído una enfermedad del corazon, que agravaban las cóleras de mi padre, agriado por la desgracia, por la pérdida de toda su fortuna y por las injusticias de los hombres; habia sidorico, y todos sus bienes se perdieron en la causa que defendia, que era la del Rey Fernando VII, residente entonces en Bayona; el Gobierno de Murat habia embargado cuantos bienes constituian su fortuna, y á su vuelta á España apenas pudo recobrar una mínima parte para subvenir á las más indispensables necesidades de su familia.

«Sin embargo, la vuelta á la Patria le reanimó, y al ver á mi madre recobrar poco á poco la salud, sintió que el valor volvía de nuevo á su alma; pero le quedaron, como reliquias funestas de sus pasadas desventuras, una desconfianza de los hombres, que rayaba en la más amarga misantropía; una propension á la cólera, que le hacia temible hasta á su propia familia, y una cierta dureza de corazon, que era el extremo contrario de la sensibilidad casi femenina, base antes de su noble carácter.

«Tres años tenia yo cuando el cielo me dió una hermana: nació una niña, á la que se le puso el dulce nombre de Cármen; jamás este

nombre estuvo mejor elegido, porque todos los cármenes de Andalucía, tan ricos en flores y en galas de la naturaleza, no igualaban en frescura y belleza á mi jóven hermana.

“Aquella niña embargó desde luego toda la atención y todo el cariño de mis padres; toda belleza palidecía al lado suyo, y yo, que no nací bonita, fui olvidada. Mi madre, sobre todo, sintió hácia Cármen una verdadera idolatría, que fué creciendo con la edad y que se posesionó de todo su sér. Nadie en la casa se cuidaba de mí, y yo crecía huraña, triste, solitaria como una zarza, y abandonada por completo á los cuidados de los domésticos, que al verme olvidada por mis padres, me trataban muy mal.

“Ya contaba siete años Cármen, y yo diez, cuando mi madre dió á luz su último hijo, que á los pocos dias de nacer perdió la vista, de resultas de una enfermedad en los ojos; á los dos años sufrió un ataque cerebral que le dejó casi idiota y perdió del todo los medros, creciendo tan poco, que desde luego se vió iba á tener una estatura muy exigua.

“Mi madre, impresionable y nerviosa, concibió por aquel triste fenómeno un profundo horror: olvidó que le habia llevado en su seno, y su sola vista le causaba convulsiones. Mi padre, que la adoraba, prohibió que le trajesen á su vista; y el pobre Estéban, que así se llamaba mi hermano, fué aun más olvidado y hubie-

ra sido más maltratado que yo, á no haber hallado en mí una enérgica defensora.

“Había en mi alma tal caudal de ternura, que el amar y proteger á mi infeliz hermano era para mi corazón un alivio y un descanso; yo le tomé bajo mi protección; le lavaba, le vestía, cosía su pobre ropita, hecha con lo que Cármen desechaba, y como ya tenía once años cuando él tenía uno, tomé sobre mí el trabajo de desmamarle, pidiendo á mi padre que despidiese á la nodriza, y llevé su cuna á mi propia alcoba.

“Cármen quedó dueña absoluta de todo el cariño y de todos los cuidados de mis padres; me veían tan ocupada del niño, que se dijeron para tranquilizar su conciencia que dejándome hacer mi gusto sería dichosa; además, á mí no me habían amado nunca; habia llegado al mundo en mal hora, en los dias de la persecución; cuando nadie me llamaba ni me esperaba nadie; desde mi nacimiento, la salud de mi madre quedó quebrantada, y jamás la volvió á recobrar del todo; vine al mundo con gran trabajo de aquella delicada y frágil naturaleza, y mi nacimiento hizo de una jóven bella y fresca como era mi madre, una enferma habitual, un sér triste y doliente.

“Sin embargo, en el alma de mi padre habia amor profundo para mí; yo me parecía á él; mi alta estatura, mis ojos grandes y pensativos, mi sonrisa, eran una herencia que me ha-

bia transmitido en vida; me asemejaba tambien á él en mi carácter, silencioso, concentrado y triste, pero amante y ávido de ternura; si delante de mi madre no me abrazaba ni me hablaba siquiera, era porque la índole celosa de ésta se lo impedía; en una palabra, mi madre me miraba con antipatia y mi padre con indiferencia, al parecer.

«Cármén crecía hermosa como una flor de Mayo, pero su educacion, lo mismo que la mia, era muy abandonada; mi madre no pensaba más que en quejarse y en cuidarse cuanto permitía nuestra escasa fortuna, que gastaba por completo; mi padre amaba más á su mujer que á todos sus hijos; á los tres nos hubiera cedido gustoso por ahorrar á su esposa un solo día de dolor, por dejar de oirla una sola queja.

«Y así pasaron algunos años; yo cumplía veinte, y trece mi hermana, cuando nuestro padre cayó enfermo de consuncion; su habitual melancolía se hizo más profunda y más amarga; perdió el sueño y el apetito, y empezó á enfiaquecer de una manera espantosa, acabándose su vida por horas.

«El médico que se llamó para asistirle, me pidió un momento de conversacion y me dijo: —No hay remedio para su padre de Vd., señorita; ha llegado el fin que Dios ha señalado á sus dias; solo á Vd. se lo puedo decir; su señora madre está muy delicada para darle esta

noticia; su hermana es una niña; solo Vd. puede aceptar este gran dolor; pida á Dios fuerzas para sobrellevarlo!»

III.

«Dos dias despues de esta escena, me llamó mi padre á su cuarto.

«Amanecia; y yo que me habia acostado dos horas antes dejando en vela á la enfermera, acudí corriendo á su lado.

«Estaba espantosamente demacrado; un copioso sudor frio pegaba á sus sienes algunos mechones de cabellos ya grises; su palidez tenia la lividez de la tumba; la muerte apoyaba ya su helado dedo en aquella frente tan surcada por los dolores de la vida.

«Sin embargo, tuvo aún energía para incorporarse, y despues de haber despedido con una seña á la enfermera, me hizo sentar á la cabecera de su lecho, me tomó la mano y me miró con ternura con sus grandes ojos, en los que ardía el fuego de la fiebre.

«Clara, hija mia, me dijo, perdóname para que pueda morir tranquilo!

—«Qué dices, papá? exclamé procurando demostrar una serenidad que no tenia; ¿de qué te he de perdonar?

—«Hija mia, he sido contigo injusto y mal padre! tú y tu hermano debéis guardar una amarga memoria de mí, y acaso llegue día en que, por culpa mia y de vuestra madre, aborrezcais á vuestra hermana... En la apariencia, solo á ella hemos amado... en realidad, yo os amaba á todos... ¡Que Cármen no sea la víctima expiatoria de nuestras faltas!... Clara, ama á tu hermana y protégela cuando yo no exista ya.

»Mis lágrimas se abrieron camino é inundaron mis mejillas; me incliné sobre la mano de mi padre, la estreché en la mia y la besé mil veces.

—«Te comprendo, mi amada Clara, dijo mi padre, cuya voz era débil y fatigosa; te comprendo, te doy las gracias y te bendigo; aún no he acabado de hacerte mis encargos; óyeme todavía...

—«Habla, padre mio.

—«Ya sabes que tu madre no sirve para protegeros... ella más que nadie necesita de tu proteccion... á Estéban no te lo encargo, porque sé cuánto le amas.

—«Yo amo á todos, padre mio, créeme!

—«Lo sé, te creo, mi amada Clara... conozco tu excelente, tu gran corazón... he sido injusto en la apariencia para tí... pero sabe, en esta hora suprema, que te he amado y admirado siempre, que te bendigo y pediré á Dios por tí.

«Yo guardé silencio; las palabras de mi pa-

dre aliviaban mi corazón de un peso enorme: hacia justicia á mis sentimientos; me habia querido, me bendecía; mi corazón se llenaba de una fuerza desconocida; yo me creía capaz de todos los sacrificios por mi familia, puesto que hallaba á mi padre, á mi padre, que salía de este mundo, pero que viviría siempre en el cielo, desde donde me vería y me enviaría sus bendiciones.

—«Hija mia, prosiguió mi pobre hija, os dejo muy pobres..! Quedáis privados de recursos, con una madre enferma, con un hermano idiota y ciego, con una hermana que es bella, y que va á dejar de ser niña para ser mujer... acaso, mi pobre Clara, tendrás que soportar el martirio, y, tras de una adolescencia solitaria y triste, tu juventud va á ser sometida á rudas pruebas...

—«No importa, padre mio, contesté; yo las sobrellevaré con paciencia y valor!

«Mi padre me estrechó la mano, y quedó silencioso y agobiado de fatiga.

«Dos días despues murió; mi madre recibió su último suspiro arrodillada á la cabecera de su lecho, sollozando y apoyada la cabeza en la almohada que bañaba con su llanto.

«Desde aquel instante cayó sobre mí una tarea abrumadora; la miseria asomaba su tétrica faz á la puerta de nuestro hogar; la pobreza era ya hacia largo tiempo nuestra fiel compañera. Pero ¡qué inmensa diferencia hay de la una á la

otra! No solo nos faltaba lo supérfluo, sino que iba á faltarnos lo más preciso. A la muerte de mi padre nos quedaban tan solo algunas monedas de plata... mi madre, enferma y endeble, necesitaba [un gran cuidado, y en nada podía ayudarme; mis hermanos eran dos niños; alcé mi corazón á Dios, supremo consolador de todos los males, le pedí su ayuda, y le rogué fervorosamente que me iluminase, que me ayudase á fin de hallar algun medio de cumplir esa terrible necesidad que nos ha impuesto: la necesidad de vivir.

«El poco dinero que poseíamos, el importe de algunos cubiertos de plata y todo lo que habia en casa de algun valor, se gastó en el entierro de mi padre, y eso que fué excesivamente modesto; pero yo tenia que pensar en mi madre, postrada en el lecho, á consecuencia del dolor que la habia sacudido; tenia que pensar en mis hermanos: ¿qué hacer? nada sabia; solo poseia una bonita forma de letra, y traducia del francés con bastante trabajo.

«Desde el dia siguiente al en que mi pobre padre fué colocado en su lecho de tierra, salí desde muy temprano y me dirigí á casa de un procurador, cuyo nombre habiavisto por casualidad en la lista de una agenda de bufete; le llevé una muestra de mi letra, le pinté mi situacion y le supliqué que me diese extractos de causas para copiar.

—«¡Pobre jóven! me dijo mirándome compasivamente; ¡eso se paga tan poco!

—«¡No importa, caballero! tomaré lo que me dén... ¡Oh, no olvide Vd. que mi madre y mis hermanos carecen de pan!...

—«¿Y su padre de Vd.?

—«Acaba de morir.

—«¿Cómo, siendo tan buena y tan agraciada, no se ha casado Vd. ya?

—«Nunca he tenido novio, caballero.

—«¿Ni ha pensado Vd. en eso?

—«¡Jamás! he tenido tanta pena en mi alma al ver las de mi familia! Además, caballero, yo no puedo querer más que á mi madre y á mis hermanos; les hago mucha falta... y si no, piense Vd. un poco en ello... mi madre está enferma siempre; mi hermana tiene trece años; mi hermanito, ciego y enfermo, cuenta seis años solamente.

—«¿Y Vd. cuántos tiene?

—«He cumplido diez y siete.

—«¡Pobre niña! repitió el procurador, que era un hombre de edad madura y de simpática y honrada fisonomía; la situacion de Vd. me causa mucha pena... le daré algunas copias; pero solo se paga á real el pliego grande... ¿que más va Vd. á hacer?

—«Buscaré música para copiar tambien.

—«¿Sabe Vd. hacerlo?

—«He visto alguna vez copiar melodías para

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

No. 1425 MONTERREY, MEXICO

piano á mi madre, y la rogaré que me enseñe; además, coseré ó bordaré...

—«¿Cómo ha de tener Vd. vida para tanto?»

—«¡Dios me dará fuerzas, caballero! yo confío en él.

—«Y hace Vd. bien, porque no le faltará; conque tome Vd. doce pliegos, y un sumario de una causa en extracto... ó si no, vale más que se lo envíe á su casa, porque es muy pesado este legajo para Vd.

—«¡Oh no, no, caballero! exclamé, temiendo que se olvidase de enviármelo, y acaso que se arrepintiese de su confianza; démelo Vd. que yo lo llevaré.

—«Sea como Vd. quiera; no crea Vd. que he de volverme atrás de mi simpatía por Vd., ni que iba á dejar de remitírselo; ahora déjeme las señas de su casa, para enviar á recoger esos papeles á un escribiente.

«Las escribí y salí cargada con los legajos, contenta y bendiciendo al cielo desde lo más íntimo de mi alma.

«Al día siguiente por la mañana temprano, tenía ya allí mi procurador los doce pliegos copiados.

—«¡Preciosa letra! me dijo; hágala Vd. un poco más á la ligera, señorita; es lástima tanto esmero para tan vulgar trabajo.

«Pero yo no quería echar á perder mi letra, sino reformarla y mejorarla todo lo posible; así

trabajaba asiduamente para escribir todos los pliegos posibles, sin adelantar más que muy poco.

«Supliqué á mi madre que me enseñase á copiar música, y consintió en ello; se ofreció á ayudarme si hallaba que hacer, y una tarde salí con Cármen y recorrí varios almacenes de música solicitando algun trabajo; al fin en uno me dieron algunas piezas que corrian mucha prisa, pero me las pagaron á tan escaso precio, que, á no ser por la extrema necesidad de mi familia, hubiera desistido de ocuparme por tan mísera retribucion.

«En fin, un día que pasaba por una tienda de quincalla y de juguetes, ví en la vidriera algunas muñecas elegantemente vestidas, y reproduciendo en sus trajes todas las modas de las damas más lujosas.

«Una inspiracion repentina me hizo entrar, y, sin darme cuenta de lo que decia, pregunté á una señora que estaba sentada detrás del mostrador:

—«¿Le hace á Vd. falta una persona que vista muñecas?»

—«Justamente sí, señorita, me contestó; hemos tenido un choque con nuestro corresponsal de París, y ahora hay que hacerlas vestir aquí.

—«Lo haria yo de muy buena gana, señora, le dije llena de cortedad.

—«¿Sabe Vd. lo que pagamos?»

—«No señora, pero me contentaré con lo que haya establecido.

—«Pues solo damos diez cuartos por cada muñeca; las telas, por supuesto, son de cuenta nuestra, así como las puntillas, tules y flores, cuando se necesitan; pero el hilo tiene Vd. que ponerlo.

—«Está bien, señora; me llevaré algunas, si Vd. quiere, ó puede Vd. enviármelas á mi casa.

—«Eso será mejor, contestó la comerciante, que sin duda desconfiaba de mi pobre traje; déjeme Vd. sus señas.

«Saqué del bolsillo un pedazo de papel donde estaban escritas las señas de mi casa; siempre llevaba algunos á prevención, porque no perdía oportunidad de buscar que hacer.

«Aquella misma tarde un dependiente de la tienda me trajo media docena de muñecas y algunas varas de tafetan, de puntillas y de percalina, todo en cortas cantidades, por el temor de que mi probidad fuese dudosa; pero al ver la casa amueblada con una elegancia relativa, al ver la figura aristocrática y desdeñosa de mi madre, se fué satisfecho y se despidió cortemente.

«¡Cuánto he tenido que sufrir por la desconfianza que inspiraba mi pobreza! ¡cuántas humillaciones! ¡cuánto dolor he devorado! Pero el pensamiento de que era necesaria á mi familia, y el amor que á esta profesaba, hacían que me

olvidase de todo. Dios no me abandonó jamás, y su mano soberana me sostuvo en las más rudas pruebas.

IV.

«Una vida de trabajo incesante empezó para mí, sin que pudiera hallar en mis ocupaciones la tranquilidad del espíritu.

«Sin cesar tenia que buscar ocupacion, sobre todo en la copia de música; mi madre persistía en ayudarme, si hallaba trabajo de esta clase, y fui á casa de un almacenista, donde aún no habia estado, para pedirle cuanta música tuviera que dar para sacar copias. Las primeras horas de la mañana las ocupaba en esto; despues del almuerzo me dedicaba á copiar para el procurador; por la tarde y durante la velada, vestía muñecas, y mi hermana me ayudaba; á la verdad, aunque estas tareas exigian muy poca suficiencia, cuantas personas me ocupaban quedaban contentas de mí, y aun me subieron algun tanto la mísera retribucion que me daban.

«Pero mis penas mayores no eran las del exterior, mis dolores crueles, los más amargos, se hallaban dentro del hogar doméstico, pues nada habia podido modificar la indiferencia, el cruel desvío de mi madre hácia mí. Mi herma-

na participaba de este sentimiento, y todos mis sacrificios, mi continuo trabajo, mi triste juventud pasada en la fatiga y en las privaciones, no lograban conmover aquellos corazones cerrados para mí.

»Solo habia uno todo mio; era el de mi infeliz hermanito. Estéban me queria por todos; es verdad que yo le rodeaba de incesantes cuidados y que, excepto las horas en que dormia, estaba siempre al lado mio. A pesar de las nubes que envolvian su inteligencia, me conocia y hasta distinguia el ruido de mis pasos; como su ceguera le impedía tener idea de las cosas, yo se las explicaba lo más sencillamente posible, y poco á poco tuve la inexplicable dicha de ver que su comprension se desenvolvía lentamente. Algunas veces trocaba los nombres de las cosas y las ideas; pero repetidas rectificaciones alumbraban algun tanto su inteligencia, y poco á poco un rayo de luz penetraba en aquella alma adormecida.

»Un año se pasó en una vida triste y monótona, pero tranquila ó igual; yo me afanaba, cuanto me era posible, para que mi madre no sufriese privaciones: muchas noches me creían dormida, y yo las pasaba escribiendo mis copias de música ó de documentos. Me habia aplicado á aprender la música, consiguiendo que una señora vecina nuestra me diese dos lecciones por semana y una de francés, aplanchándole yo, en

cambio, su ropa y la de los niños que tenia y que mantenía con el producto de sus lecciones: esta señora se aficionó á mí de tal modo, que al poco tiempo, en vez de dos lecciones por semana, me daba una un día sí y otro nó, y de francés todas las noches, ofreciéndome además enseñarme bastante inglés, para que con el estudio lo poseyese bien al cabo de algunos meses.

»Mi corazon, sin embargo, sentia una vaga necesidad de amar; habia en él demasiada sensibilidad y ternura para no ansiar alguna correspondencia; porque ¿qué era para mi alma ardiente el cariño de un niño de siete años?

»El cielo me reservaba una alegría inefable, pero que debia pagar con un horrible dolor; debia amar y ser amada, pero estaba dispuesto que mi ventura, por lo breve y ligera, se asemejase á un sueño.

»El procurador que me daba las copias era un hombre bastante acaudalado, y que, habiéndome dedicado algun interés, quiso conocer á mi familia; mi madre le recibió con su frialdad acostumbrada; pero al cabo de algun tiempo, llegó á ser el amigo íntimo de la casa; cada noche venia á hacerle á mi madre la partida de ajedrez, y algunos días comia con nosotros; era viudo y padre de una jóven, casada ya hacia algunos años, y de un hijo que viajaba para visitar la Irlanda y la Escocia, á fin de perfeccionar sus notables conocimientos en pintura y

de terminar dos cuadros históricos que estaba haciendo.

«El anciano hablaba de su hijo con entusiasmo; al oírle se creía á aquel hijo el modelo de la perfección humana; era de bella figura, de amable carácter, de talento luminoso, de corazón noble y excelente; se llamaba Fernando, y contaba solo veinticuatro años; todavía debía pasar uno más en el extranjero, entregado á sus estudios y trabajos, y despues regresaría á Madrid para no separarse ya de su padre, de quien era la única familia y el solo amor sobre la tierra.

«Durante aquel año nada ocurrió de particular en nuestra vida; yo trabajaba sin descanso, mi madre se debilitaba más cada día, mi hermana crecía en belleza y en frivolidad, y mi hermano creció en estatura; mi corazón, lleno de una ternura que no hallaba en quien emplearse, solo encontraba alimento en un continuo sacrificio; el solo medio de ser dichoso en la tierra es, mi querida Margarita, el ocuparse mucho de la felicidad ajena y nada de la propia; mi madre y mi hermana me trataban, á pesar de mis continuas y fatigosas tareas, con la misma glacial indiferencia que siempre me habian manifestado.

«La monotonía é igualdad de las ocupaciones de cada día, acorta el tiempo; y al fin llegó uno en que nuestro anciano amigo presentó á su hijo en nuestra casa; le hallamos tal como

su padre lo habia pintado, gallardo, elegante, distinguido y de carácter agradable y risueño; yo, que en mi vida habia hablado con ningun jóven, encontraba en su conversacion un encanto particular y que jamás habia experimentado.

«¿A qué extenderme en pintar los primeros y risueños días de aquel amor? Porque yo amé á Fernando desde el primer día que le conocí, y él correspondió á mi cariño, arrastrado, quizá, por la grandeza del afecto que habia despertado en mi alma.

«Todo el universo se iluminó de repente para mí; la naturaleza entera sacudió el velo de tristeza de que se hallaba cubierta: mis fuerzas para trabajar se centuplicaron, y una sonrisa, una mirada de Fernando, que venia á pasar la velada á nuestro lado, me compensaba de todos los sacrificios.

«El padre de Fernando veía con placer nuestra mútua afición; me amaba y me elogiaba continuamente, pues nadie como él veía el asiduo y fatigoso trabajo que ocupaba todas mis horas, no dejándome ni aun las precisas para el descanso; se habló de nuestra union, y Fernando dijo que podíamos vivir todos juntos, para no separarse él de su padre ni yo de mi familia, y que el producto de mi trabajo, unido á las ventas de sus cuadros, nos darian sobrados medios de vida.

«Mi madre, indiferente á todo cuanto tenia re-

lacion conmigo, veía llegar sin inquietud alguna el día de mi enlace; nada perdía, pues no debía separarme de mi familia; pero mi hermana empezó á palidecer, á desmejorarse, á pasar las noches sin reposo ni sueño.

«Cármén era una niña encantadora, y que ya contaba quince años y medio; la repentina melancolía y el doloroso malestar que la dominaban, hacían un penoso contraste con su descuido y alegría habituales; quince días de aquella dolencia del ánimo la cambiaron por completo.

«Una tarde, que reclinada en un sillón parecía privada de sentido, y que yo me hallaba á su lado humedeciendo sus sienes con mi pañuelo que había empapado en agua, entró mi madre en la estancia; miró á mi hermana con angustia, y luego, volviéndose á mí, tomó mis dos manos, y exclamó con un arrebato que no pudo contener:

—«¡Clara, renuncia á casarte con Fernando!

«Yo quedé como herida de un rayo; nada comprendía de aquel ruego, y sin embargo, una ráfaga de luz fatídica penetró de repente en el fondo de mi alma; pálida, helada, me quedé mirando á mi madre.

—¡«Clara, hija mía, prosiguió ésta, dejando correr por sus mejillas dos gruesas lágrimas; he sido culpable contigo... tú no debes ya quererme, y sin embargo, tengo que pedir á tu amor una prueba inmensa, heroica... pero, si

eres generosa hasta ese punto, yo te adoraré hasta mi último suspiro; yo te querré con la mayor ternura!

—«¿Qué debo hacer, madre mía? pregunté temblando; ¿ni qué cosa hay que yo pueda negarte?

—«Quizá esa sola.

—«Ni esa, ni ninguna; mi padre me mandó que cuidase de tu dicha...

—«Es que se trata de la de tu hermana.

—«Mi hermana puede contar con mi cariño...

—«Pues bien, hija mía, si te casas con Fernando, perdemos á Cármén... porque le ama.

—«¿Y él?... pregunté, sintiendo que el dolor me ahogaba.

—«El creo que la ama también...

«No pude oír más; la angustia me llegó á la garganta y al corazón á la vez, oprimiéndome como con unas tenazas de hierro; sin un acento, sin una queja, sin poder hacer otra cosa que lanzar un profundo suspiro, caí desmayada á los piés de mi madre.....

«Aquella noche á las diez me levanté del lecho donde me habían acostado, y me acerqué al de mi hermana, la cual tenía los ojos abiertos.

—«Ten confianza en mí, la dije; nuestro padre te recomendó á mi cariño; te cedo toda mi parte de ventura en la tierra; yo quiero que seas dichosa.

»Cármén dejó escapar un grito, tomó mi mano abrasada por la fiebre, y la besó llorando.

»El sacrificio estaba consumado; acababa de desgarrar mi corazón: pero en medio de mi amarga pena, sentía una melancólica satisfacción.

»Me dirigí á la mesita que sostenía mis papeles, y me puse á copiar música hasta el amanecer, para ganar el tiempo que el dolor me había tenido privada de sentido.

V.

Al día siguiente del doloroso acontecimiento que dejó referido, el padre de Fernando salió conmigo para una casa de campo, que poseía en un pueblo cercano de Madrid; aquel hombre excelente me amaba de todas veras, admiraba mi constancia, mi valor para el trabajo y el cariño apasionado que profesaba á mi familia.

En vano mi madre le hizo presente que, dejando yo la casa, faltaba en ella lo que mi trabajo producía, y quedaban sin recursos.

—¡Pardiez, señora! exclamó indignado; el egoísmo de Vd. va más allá de todos los límites imaginables; la pobre Clara no puede trabajar, puesto que se ha complacido Vd. en desgarrar su corazón; me la llevo, y es mucha razón

que así sea, y hasta me llevaré á Estéban, para que no le estorbe á Vd.; y eso, quiera usted ó no quiera; si hace falta el trabajo de mi pobre Clara, arréglense Vds. como puedan, y que el imbécil de mi hijo se case cuanto antes.

—¡Qué! ¿lleva usted á mal el que se case con Cármén?

—No puedo llevarlo peor.

—¿Y por qué? ¿no es igual para Vd.?

—Yo quiero á Clara como á una hija, y á su hermana no.

Partí con mi viejo amigo y con mi hermano; pero, al cabo de quince días, las cartas de mi madre y de mi hermana me llamaban con tanta insistencia, y me expresaban que les hacía tanta falta, que hube al fin de regresar al seno de mi familia, sabiendo que iba á apurar hasta las heces la copa del dolor.

No obstante, mi sacrificio había dulcificado el áspero y helado carácter de mi madre; algunas veces me miraba á hurtadillas y se pintaba en su semblante una expresión muy parecida al remordimiento; á la verdad, mi aspecto era bien doloroso, por la palidez y demacración de mi rostro.

Cármén se había vuelto muy afectuosa para mí, y Fernando, que realmente estaba enamorado de mi hermana, disimulaba en presencia mía su amor hacia ella, su indiferencia hacia mí, y la alegría que el cambio de prometida le inspiraba.